

dre, ya por la inquietud respecto de la dicha que le aguardaba. Levantóse al rayar el día, alifóse lo mejor que pudo, y se fué á casa del escribano, á quien halló paseándose por la huerta de bata y gorro. Que felicidad! Isabel estaba tambien con él.

El buen párroco habia ya obtenido el consentimiento del escribano para el matrimonio de Bautista con Isabel, de manera que apenas tuvo que añadir el amolador algunas palabras sobre el asunto.

Casóse de allí á pocos meses el afortunado Bautista con su adorada; instruyéndose con el suegro, sucedióle, adquirió nuevos conocimientos, granjeóse la amistad de las notabilidades del pueblo, y con el producto de sus negocios, ha podido comprar la granja de Franval, situada á cuatro leguas de aquí, que le deja bastante.

Fué muy bien recibida por los oyentes, la historia de Bautista y dió motivo á las conversaciones de aquel día. En la noche entró en el salon, y se dirigió hácia el señor Arleville, su sobrino Hipólito Duverney, á quien conocieron al instante sus primos por haberle visto en Paris. Luego daremos noticias de sus lances y aventuras, que no dejarán de entretener al lector.

DIA TREINTA Y SIETE.

Recibió madama de Arleville al jóven Hipólito con bastante agasajo, aunque no le estimaba mucho, porque desde niño habia sido travieso, atolondrado é inconsecuente, con sus conatos de calavera; pero al fin era sobrino del señor Arleville, su deudo mas cercano; y era forzoso tratarle con indulgencia y aun con algun miramiento. Por otra parte, Hipólito estaba ya muy mudado, como luego veremos.

Reunidos nuestros personajes el dia siguiente como de costumbre, Hipólito ocupó un asiento en medio de todos, y habló así:

UN EXCELENTE PRECEPTOR.

Antes de referiros mis propios sucesos, quiero que conozcais al hombre apreciable á quien debo la dichosa mudanza de mi conducta y mi

actual felicidad. La historia de su vida puede separarse de la mía; debe seguramente interesarnos, y será un episodio singular por donde vendreis mas fácilmente á conocer los asuntos que me conciernen. Oid, pues, la historia de mi bienhechor, segun él mismo me la ha contado.

El caballero de Orgeval era de una familia de las mas distinguidas de Francia; mas no era rico, pues una pequeña finca que á todo rigor le producía sesenta mil reales de renta, no era mucho atendiendo á la clase ilustre de que descendía, y á los inmensos bienes que habian poseído sus antepasados. Habiendo quedado huérfano á los veinte y seis años, dueño de su voluntad con bastante ilustracion, se propuso viajar para dar ensanche á sus conocimientos. Entregado al estudio de las ciencias, huía de esas reuniones y placeres tumultuosos en que nada se aprovecha, y de amigos inconstantes y frivolos que para nada sirven; pero frecuentaba el trato de los hombres instruidos, ó de aquellos que sin serlo, son modelo de urbanidad y de costumbres arregladas. De esta manera, y por su mérito eminente, fué recibido en casa del mariscal de Forceville, duque y par de Francia, y uno de los mayores señores de la córte. Tenía el mariscal cincuenta y cinco años, y estaba dotado de excelentes prendas; su esposa, separada de él, contaba sesenta y cinco; su hija

Amelia, modelo de gracias y perfecciones, entraba en los veinte, y por último, el marqués de Apreville, sobrino de la mariscal, era un joven de treinta años, que se habia quedado en el palacio de su tío porque le adulaba continuamente, y habia abrazado su partido contra la mariscal.

En este estado halló el caballero de Orgeval la casa del duque, frecuentada por los hombres de mayor mérito y distincion. Bien hubiera pasado el caballero las horas en su compañía, solo por ser el duque un hombre tan apreciable; mas para sus frecuentes visitas habia otro motivo mas poderoso que la estimacion y muy natural en su edad. Es el caso, que Orgeval no pudo ver con ojos indiferentes á la bella Amelia; y sin reflexionar en los obstáculos que podrian oponérsele, se prendó enteramente de esta amable señorita, la cual por su parte le correspondia con igual afecto. Ya se habian confiado los dos amantes sus mútuos pensamientos; se adoraban, se lo decian á todas horas, y gozaban de la felicidad mas pura; mas desconfiando de verse unidos algun dia, sus mas tiernas conversaciones terminaban en amargos presentimientos. Es cierto que conocian el excelente corazón del mariscal, sabian que únicamente trataba de hacer feliz á su hija, y lo creían capaz de unirla con el hombre de bien que ella eligiese, sin

exijir la igualdad de la clase y de la fortuna; pero tenian un enemigo temible, y éste era el marqués de Apreville.

Criado con su prima Amelia, la amaba desde la infancia; y aunque era deudor de todo á la proteccion y á los beneficios de su tia la mariscal, quien le habia introducido en casa todavia muy niño; ya hemos dicho que habia abandonado su casa en el momento de la separacion de aquella, siendo el primero en censurarla, granjeándose de esta manera la gracia del tio á fuerza de adulciones, con objeto de permanecer junto á Amelia, cuya mano pensaba obtener algun dia. Era este Apreville un hombre malicioso, pérfido, engañoso, sin honra y sin palabra. Su persona era desagradable, y conoció desde luego que le era forzoso ocultar sus defectos bajo el velo del disimulo; mas no pudieron escaparse á la penetracion del mariscal, quien en lo íntimo de su corazon le despreciaba, porque veia retratado en él todo el carácter de su mujer. Amelia supo igualmente notar estos defectos, y detestaba á su primo, á tal grado, que hubiera preferido el encierro de un claustro, y aun la misma muerte, á la desgracia de ser su esposa.

No dejó Apreville de conocer por su parte que no le amaban, y desazonado por las frialdades de Amelia, se indignó al observar las

atenciones con que Orgeval trataba á su prima. Procuró asestar sus tiros contra ellos, y encontrándose solo con el mariscal, le dijo:—Yo no sé si despues de un año ó mas, que viene aquí el caballero de Orgeval habeis notado que tiene la osadía de poner los ojos en mi prima.—Celebro que me lo hayas dicho, replicó el mariscal, pues no me desagrada el yerno, y yo mismo los animaré á que me digan sus intenciones para coronarlas con un próximo himeneo. Te agradezco el secreto que me has revelado.

—Sereis capaz de casar á la hija de un duque y par de Francia con un hombre sin esplendor, sin caudal, eclipsando de este modo en la mas profunda oscuridad todo el brillo de vuestro ilustre nacimiento?—No entiendo nada de lo que me dices: el caballero Orgeval no carece de esplendor ni de renta: su nobleza es antigua, y le hace digno de poder enlazarse con las principales casas del reino, y por lo que hace á sus caudales ¿no tengo yo mas de lo necesario? Entre los señoritos de la corte se hallaria otro partido mas ventajoso para mi hija; mas tambien estoy seguro de que no hallará un esposo mas honrado. Tú no comprendes la estimacion que Orgeval me merece: su corazon sano y recto, su entendimiento cultivado, y sus distinguidas máximas morales le hacen un caballero tan completo en lo físico como en lo moral. Por

último, yo no soy capaz de poner en la balanza tantas apreciables prendas con algunos pergaminos mas ó menos.—Tío mio! cuánto lastimais mi corazón exagerando el mérito de mi rival! —De tu rival!—Ya que es fuerza confesarlo y puesto que no lo habeis adivinado... Sí señor... adoro á Amelia!... y aspiro á la dicha de conseguir su mano.—Lo siento; yo debo consultar su felicidad antes que la tuya; tus manejos son bien interesados; como amabas á mi hija, quisiste adular á su padre, abandonando á tu bienhechora, á quien interiormente dabas la razón contra mí... No has disfrazado tus verdaderos sentimientos sino para poder acercarte al objeto de tu amor; y si yo he tenido la flaqueza de permitirlo, no por eso pienses que lograbas alucinarme. Un padre de familia debe verlo todo, observarlo todo, y esto es lo que yo hice: por tanto, ya que ha llegado la hora de hablar claro, me aprovecho de la ocasión para asegurarte que te conozco á fondo, y que Amelia nunca será tuya, sino de Orgeval.—Orgeval no se casará con ella; pues antes he de atravesar el corazón de ese hombre.—Retírate, sal siempre de mi casa; y vete junto á tu digna tía, que nunca debiste haber desamparado.... Bien decia yo que alguna vez harias que me arrepintiese de haberte recibido, educado, colmado de beneficios.—Sí, me voy; pero juro vengarme!

Ignoraban los dos amantes lo acaecido, y paseándose la siguiente mañana por el jardín con el mariscal, notó Amelia que su padre estaba pensativo, pálido, y como si sintiese alguna indisposición.—Qué teneis, le dijo, querido padre?—No es nada; pero vosotros ¿no teneis un secreto que comunicarme? Callais!... Con que ha sido forzoso que yo tuviese bastante perspicacia para poder adivinar ese secreto, que mucho tiempo ha debiais desahogar en mi pecho? Vaya, decidme que os amais, que apeteceis veros unidos: no es esto?—Qué, padre mio?—Cómo, señor?—No debeis ignorar que deseo veros felices... Sí, queridos hijos míos, ya hice alejar de aquí á un aborrecido rival.—Ah! señor exclamó Orgeval, mi nacimiento, mi poca fortuna, nada os detiene, y así colmáis mis deseos!—Soy padre, y ella os ama... Podré yo hacerla desgraciada para siempre, oponiéndome á su inclinación?

Arrójanse los dos en los brazos de aquel hombre de bien, y tratan de los preparativos del himeneo señalando el día para celebrarlo.

Escribió el mariscal á su esposa una carta de atención, contentándose con noticiarla que habia dispuesto de la mano de su hija, y recibió una respuesta llena de injurias. Verificóse el matrimonio y un año entero se pasó sin oírse hablar del marqués; Amelia dió á luz dos her-

manos gemelos y toda la casa era fiesta y regocijo...

Pero la desgracia turbó repentinamente aquella felicidad. Cayó el mariscal de su caballo volviendo de un paseo, y este hombre tan estimable murió á las veinticuatro horas en brazos de sus hijos. El mismo dia de esta dolorosa tragedia, habiendo salido el caballero de Orgeval, encontró al marqués de Apreville, quien lo insultó provocándolo á un desafío; aquel, con su natural prudencia intentó disuadirlo de tan extraño intento en un momento tan crítico; pero el marqués lo trató de un cobarde; presentóle dos pistolas, obligóle á tomar una de ellas..... indignóse Orgeval, riñeron, y al fin cayó muerto á sus piés el infame Apreville. Qué desgracia tan terrible para nuestro infeliz Orgeval!..... comprende que la mariscala vengará la muerte de su querido sobrino, y esto le llena de sobresalto ó inquietud. Al siguiente dia volvió á salir para dar algunas órdenes relativas á los funerales del mariscal; y á su regreso vió un coche á la puerta, lacayos y todo el tren de la mariscala. Entra en el salon, y oye una voz extraña en una estancia vecina.—“Sí, hija mia, sí, tu esposo ha muerto al marqués; pero ¿cómo le llamo tu esposo á un aventurero con quien te han casado sin mi consentimiento? yo haré por anular este matrimonio, y él pagará con su

cabeza el vil asesinato de mi querido y desventurado sobrino!”

Salé Amelia de aquella estancia, y viendo á Orgeval, exclama:—¡Será verdad que tú le has muerto?... Huye, huye, si es así... Oh! amado esposo, ponte en salvo, haz por ocultarte, escribe á tu tierna esposa, y confía en su celo, y en el tiempo.

Orgeval sin responder á su Amelia, y sin aguardar á que le viese la mariscala, que aunque no le conocia, meditaba su perdición; subió á su cuarto, tomó algun dinero y los papeles que tenia de mas importancia; y abrazando á sus hijos les dice adios... y se sale del palacio sin esperanza de volver á pisar sus umbrales en muchos años.

Oculto en el retiro de una provincia, y siguiendo secreta correspondencia con algunos amigos de Paris, recibió allí una noticia muy sensible para su corazón. Habiéndose apoderado la mariscala de cuanto habia en casa de su difunto marido, de quien no estaba legalmente separada; y sufriendo la triste Amelia el tratamiento mas duro de parte de esta perversa mujer, que aborrecia á su esposo; la desgraciada Amelia falleció á impulsos de una violenta enfermedad, y sus dos hijos quedaron bajo la tutela de su abuela, que habia jurado no verian jamás á su padre.

Orgeval, temeroso de nuevas persecuciones que le anuncian sus amigos, resolvió embarcarse para lejanos países, en los cuales pasó cerca de ocho años abismado en la mas profunda melancolía, y acometido de una continua desesperacion. Sin embargo, como ya sabeis que no hay dolor que no vaya calmándose poco á poco, el suyo hizo lugar á la razon, y sobre todo al deseo muy natural en un padre de volver á ver y abrazar á sus tiernos hijos, los cuales segun avisos que le daban sus correspondientes, continuaban en compañía de su abuela.

Volvió, pues, á Francia, visitó á sus amigos, muchos de los cuales frecuentaban la casa de la mariscala, y estos le dicen que sus dos hijos son dos muchachos muy mimados por su abuela, la cual buscaba entonces cabalmente un ayo para que los educase, puesto que ya iban á entrar en los nueve años.—La mariscala busca un ayo? exclama Orgeval: pues yo lo seré; habrá para un padre ejercicio mas dulce que el de educar á sus hijos!

En vano quisieron sus amigos oponerse á este proyecto que les parecia muy peligroso, pues él insistiendo en su idea:—Presentadme, les decia, á la madre de Amelia; ella no me conoce, ni me ha visto jamás; vosotros me habeis dicho que por espíritu de hacer mal, despidió hace mucho tiempo á los criados que sirvieron á su

esposo, y que ni aun quiere tratar con los conocidos y amigos de este hombre respetable; la desgracia y mis penosos viajes han desfigurado tanto mi rostro que casi le desconozco yo mismo; me vestiré de abate, no habrá la menor sospecha sobre mi persona, y podré gozar de la vista de mis amables hijos!...

Cedieron sus amigos á tan justo deseo, y hablaron á la mariscala de un ayo excelente, recomendándolo con todo empeño. Presentóse Orgeval con el nombre del abate Dumont, y admitido por la vieja le confió la direccion y enseñanza de sus dos nietecitos. Qué discípulos tan agraciados! Qué viva conmocion experimentó su padre al verlos! Qué alegría en su interior! Despues de haberlos contemplado despacio, vió que uno de ellos era el vivo retrato de su Amelia, y el otro el suyo, y por lo mismo se acongojó imaginando que un exámen algo escrupuloso de parte de la mariscala haria que esta descubriese la verdad del caso; efecto de los temores de todo aquel que oculta un secreto, pues hasta los mas ligeros indicios le parecen pruebas. Bien quisiera Orgeval abrazar á sus hijos; pero conociendo que estas demostraciones de cariño no convenian por entonces á la dignidad de su carácter de preceptor, hizo los mayores esfuerzos para contenerse.

Ya le tenemos, pues, hospedado como subal-

terno en el magnífico palacio en que antes mandaba como dueño. Ya le tenemos comiendo á la misma mesa, en que la ternura de padre y el amor de esposo en tiempos mas felices, se ven reemplazados por la fealdad de una vieja, tan dañada de cuerpo como de alma. Sin embargo, le trata con bastante decoro, y ve que la mariscala profesa mucho cariño á sus nietos. Este era el único sentimiento que tenía cabida en su ánimo perverso; pero este sentimiento es tan apreciable para Orgeval, que á trueque de conservarlo, se olvidaria gustoso de todos los defectos de su aborrecible suegra. Escuso decir que este hombre apreciable fomentaba con el mayor esmero este cariño en el corazón de la vieja. Si cometían alguna pequeña falta, se guardaba muy bien de decírselo; y si ejecutaban una buena acción, la exageraba, así como sus bellas disposiciones; y es preciso confesar que tenía con mas frecuencia esta dulce satisfacción, que no el disgusto de disimular sus extravíos. Amadeo y Julio eran unos muchachos tan dóciles como bondadosos, y dotados de buen talento y particular habilidad. Amaban tiernamente á su preceptor, el cual solo procuraba granjearse su afecto; y acaso le amaban por aquella secreta inclinación, que la naturaleza inspira siempre á los buenos corazones hacia el autor de su vida. Desahacíanse delante de

su abuela en elogios á su ayo; no podían vivir separados de él un instante; aplicábanse al estudio por darle gusto; le acariciaban; y en el silencio de sus tareas, los abrazaba Orgeval estrechándolos contra su corazón... pero economizaba estos tiernos desahogos, estas licencias, digámoslo así, de la naturaleza, temiendo con justa razón que sus amables discípulos, por acrecentar sus alabanzas, lo refiriesen á la mariscala, y que esto formase alguna sospecha. Violentábase de consiguiente nuestro infeliz Orgeval, y se privaba muchas veces al día de dar á los niños tiernos ósculos paternales.

Algunas veces, ya en la mesa, ya en otras conversaciones familiares, tenía que sufrir un tormento inesplicable, porque la vieja empezaba á murmurar de su yerno, tratándole, aunque sin conocerle, como á un foragido.—Yo supongo que se habrá muerto, añadía, en algunas de las colonias americanas para donde me aseguraron que se embarcó; pero si vive todavía, si tiene el atrevimiento de volver, juro que ha de pagar bien cara la muerte de mi sobrino.

En otras conversaciones supo Orgeval que el difunto Apreville, al paso que adulaba á su tío, mantenía con la mariscala una correspondencia epistolar, en que murmuraba de aquel hombre respetable, contándola cuanto pasaba en casa. Mucha era la violencia que nuestro amigo te-

nia que sufrir para no justificarse cuando la maligna vieja hablaba de él en términos tan injustos como indecorosos; pero ni aun se atrevía á preguntar á los muchachos respecto de lo que sabian de su padre, porque temia que le descubriesen, y perder por la indiscrecion de estos queridos hijos todo el fruto de su reservada conducta.

De esta manera se pasaron siete años, en cuyo largo tiempo no omitió esfuerzo alguno para formar el corazon y el entendimiento de los preciosos discípulos confiados á su cuidado. Tenian ya estos amables jóvenes diez y seis años; eran altos, de bella presencia, fuertes y robustos, y poseian tantas habilidades como buenas máximas de una sana moral. Contaba la mariscala noventa y dos, y tanto su cabeza como su salud, iban debilitándose de dia en dia. Faltábale la memoria, y solo conservaba el implacable recuerdo del ódio que habia jurado á su yerno. Sin embargo, ya este ódio no era tan fuerte, pues algunos consejos, que Orgeval le habia insinuado con cautela, y la intervencion de un confesor en quien ella tenia la mayor confianza, y á quien habia ocurrido nuestro amigo para que estinguiese en ella la mala semilla del ódio, daban esperanzas de que por último le perdonaria.

Llegó por fin el tiempo de pensar en esta re-

conciliacion, porque una señora tan anciana, podia morir de un dia á otro, y su familia, compuesta de tios y primos del difunto marqués era igualmente hostil al infeliz Orgeval. Acercábase el cumpleaños de la mariscala, y tanto su confesor como el mismo Orgeval y sus amigos, se reunieron con el objeto de conmover el corazon, ó por lo menos la débil cabeza de aquella mujer; y para dar el golpe con mas acierto, acordaron que Amadeo y Julio fuesen los primeros que la hablasen del asunto.

La víspera de esta fiesta, que debia decidir sobre el destino de Orgeval, hallándose solo, con sus dos hijos:—Amado ayo, le dijo Julio, nos hareis este año algunos versos para dar la enhorabuena de su cumpleaños á nuestra abuelita? Ya veis que los celebra mañana.—Tengo compuestas dos arengas, mi querido Julio, una para tí, y otra para tu hermano.—Ah! véamos, véamos...—Poco á poco, hijos mios...—Llorais, señor Dumont? con qué ojos nos mirais!... Mira, hermano mio, cómo está conmovido!—Amadeo! Julio!... Vosotros ya teneis diez y seis años, ya sois adultos y razonables... seriais capaces de guardar un secreto?—Si es preciso, no dudeis que sepamos conservarlo en nuestro pecho hasta la muerte. Pero hablad, señor Dumont, decidnos vuestras cuitas.

Recobrado un tanto Orgeval, les dice:—No

pensais algunas veces en vuestro padre!—Sí señor, contestó Julio, pero abuelita nos tiene dicho que murió en las colonias americanas. Nosotros llevamos su apellido, que es el de Orgeval.—Y no os ha dicho mas vuestra abuela?—Algo mas... Ah! ella solia añadir que nuestro padre era un aventurero, un seductor, un...—Basta, basta hermano, replicó Amadeo: nuestro buen preceptor habrá conocido tal vez á mi padre, por lo cual será mejor que no se le diga todo.—Sí, sí, decídmelo todo.—Pretendia la señora mariscala que nuestro padre habia quitado la vida al marqués de Apreville, y que á no ser por nosotros, le hubiera hecho morir en un cadalso.—Gran Dios! Y vosotros amariais á vuestro padre?—Sí señor; lo amariamos en extremo... aunque fuese un aventurero, como dice abuelita.—Pues hijos míos, no lo es; siempre ha sido un hombre de bien, y nunca podreis avergónzaros de tenerle por padre.—Segun eso, le habeis conocido?—Lo mismo que á mí... Si tuvo la desgracia de dar la muerte á vuestro tío materno, fué en un desafio en que arriesgaba tanto como su contrario. Vosotros habeis leído y sabeis muy bien, que el honor, bien ó mal entendido, prohíbe á los que se precian de caballeros el negarse á un desafio, lo cual es el acto mas opuesto á la religion y á las sábias leyes que nos gobiernan.—

Sí señor, todo eso sabemos, y os damos las gracias por lo que acabais de decirnos. Cuánto nos habeis aliviado con ello!

Viendo esto el apreciable Orgeval, prosiguió diciendo:—Por lo que hace á su nobleza y caudales, estas cartas, que aquí veis, manifiestan claramente que vuestro padre nunca ha sido un aventurero.

Despues de haberlas examinado los muchachos, exclamaron:—¡Oh Dios mio! no! pero decidnos ¿vive todavia nuestro padre ó ha fallecido?—Vive, hijos míos!—Vive?... muy léjos de aquí, no es verdad?—En... Paris.—Cómo! y nosotros no le hemos visto nunca.—Él os ha visto á vosotros... Hace siete años que os está viendo todos los dias, á todas horas, y su corazon paternal os ama con entrañable ardor!—Qué decís? Frecuenta esta casa?—Vive dentro de ella. Sí, queridos hijos míos, yo soy!...

Apenas oyeron esto Amadeo y Julio, se arrojaron á los brazos de Orgeval, quien estrechándolos contra su corazon, gozó por primera vez la inexplicable dicha de ser padre.—Yo soy, añadió nuestro amigo, el que por una injusta preocupacion de vuestra abuela, he vivido desterrado de vuestra dulce compañía desde que nacisteis; yo soy el que ha deseado veros; yo el que os ha servido de ayo por espacio de siete años!...

Derramaban los muchachos abundantes lágrimas, correspondiendo llenos de gozo á las tiernas caricias de su buen padre.... En medio de esta deliciosa escena apareció el digno confesor de la mariscala, quien acabó de confirmar la relacion de Orgeval, y entre los cuatro dispusieron lo que se habia de ejecutar al dia siguiente.

Llegó por fin la hora de la reconciliacion. Los muchachos, en unos versos dirigidos á su abuela, hicieron la justificacion de su padre, dando á entender á la mariscala que existia este padre desventurado. Enfurecióse al principio la vieja; pero al fin estrechada por sus amigos, y especialmente por su confesor, se fué aplacando poco á poco. Amadeo y Julio acabaron por presentarle á Orgeval, y la mariscala no pudo menos de admirar el heroico sacrificio de un padre que habia tenido la resignacion de vivir ignorado tantos años, empleándose únicamente en la educacion de sus hijos. Un rasgo tan bello acabó de conmover su duro corazon. Soltáronsele algunas lágrimas, perdonó, abrazó á su yerno, y todos celebraron este dia con indecible regocijo.

Sin dificultad adivinareis, que despues de tantas pruebas, recobró nuestro amigo sus antiguos derechos en aquella casa; que su suegra le preservó de toda persecucion relativa al de-

safio con el marqués, y que por último, murió ésta asegurando para siempre la fortuna, el esplendor y la felicidad del esposo de la malograda Amelia.

Vióse, pues, el conde de Orgeval heredero de los inmensos bienes del mariscal, y acabó tranquilamente la educacion de sus hijos, quienes colmaron sus esperanzas, casándose en lo de adelante, y dándole despues unos amables nietos, que hoy forman las delicias de mi respectable amigo.

Conozco á los dos amables hijos de Orgeval; soy amigo suyo, y continuamente me hablan de la época en que solo creian ver un simple preceptor en la persona de un padre adorado.

Tal es, querido tio, el amigo precioso que he sabido granjearme, y que tal vez ha hecho mas todavia por mí, que por sus propios hijos. Luego hablaré de lo que á mí me toca, pues como el dia está ya muy adelantado, no quiero empear hasta otra ocasion mas favorable.

Calló Hipólito y los demás conferenciaron entre sí largo tiempo acerca del estraño suceso de un padre, á quien las circunstancias obligaron á ser el ayo de sus mismos hijos.
